

# El proceso de la devaluación

Un economista extranjero califica de más ingeniosa que convincente la teoría propuesta por mí para explicar el fenómeno universal de la inflación. En cambio, otro ilustre economista que se ha destacado una vez más con motivo de la reforma monetaria francesa, lo juzga un análisis riguroso que da carácter de verdadera certidumbre a sus conclusiones. Por ingeniosa no tengo, desde luego, mi propuesta, y por enteramente acertada sería vana pretensión. Me contentaría con que tuviera algo aprovechable. Por otra parte, no tenemos ninguna otra que considerar que valga la pena, pues venimos con explicaciones como la presión de los sindicatos para elevar los salarios, cuando la inflación ha existido en todos los tiempos en que no había sindicatos, o como los desarreglos del mercado que son no la causa, sino el fruto, de las perturbaciones introducidas por la inflación, por la deflación y hasta por la estabilización, es querer cazar leones con escopetas de palo.

¿Es posible que un fenómeno tan esencial al parecer como las reacciones entre los dos precios del dinero: el índice de precios y el interés del dinero, sea indiferente para un hecho tan típicamente monetario y universal como la inflación? Todo el panorama de los desórdenes de la Economía humana se desarrolla lógicamente a partir de al parecer tan trivial supuesto. Esto basta a justificar nuestra insistencia.

Las dos clases de mercancías que integran el mercado general —las usuales de uso y consumo y las financieras— mientras no se consuman, amorticen o destruyan, es decir, en tanto subsistan sobre el mercado, han de estar en poder de alguien que haya financiado su compra o producción. No creo que se nos tache de alejarnos demasiado de la realidad si admitimos que todo colocador de fondos procurará tener en cada momento las que encuentre más convenientes para su provecho. Desde este punto de vista hay una gran diferencia entre los bienes de renta y las mercancías usuales. Como estas últimas no rentan, nadie querría comprarlas; todos preferirían emplear su dinero disponible en demandar aquellas que producen una renta por su simple posesión. Esto hará subir la cotización de los bienes y valores de renta en general, es decir, hará bajar su tipo de capitalización o tanto de interés del mercado.

Por mucho que éste baje, nunca convendrá colocar dinero en las mercancías que no rentan, ya que nada producen. Mas es evidente la necesidad de que esas mercancías sean *acarreadas* de una época a

otra y que alguien financie ese *acarreo*, sin el cual la colectividad se vería sometida a privaciones por falta de elementos necesarios para su subsistencia y recreo. Hay un medio de que los especuladores, los poseedores de dinero disponible para colocar, hallen atractiva esa financiación: que se les ofrezca una perspectiva de beneficio equivalente a la que cabe realizar comprando valores de renta. Esa perspectiva existe cuando hay un alza constante de las mercancías comunes. Si el tipo de rentabilidad de la economía es el 4 % anual y la elevación media del nivel de precios es de 1 % al trimestre (siendo el trimestre el período medio de realización de los artículos comprados y revendidos), las dos operaciones de inversión en valores y en mercancías corrientes le serán técnicamente indiferentes al especulador que quiere invertir lucrativamente su dinero.

Mientras esto no suceda, los artículos en cuestión no serán demandados en cantidad suficiente, ni se venderán todos los que se ofrecen en el mercado, y sus precios caerán. Por el contrario, en las fechas venideras esos productos escasearán porque su bajo precio y falta de salida habrá hecho que se consumieran antieconómicamente o que la poca demanda por el producto despreciado haya disminuído su producción, lo cual hará subir su precio. Todo esto es propicio a elevar el margen de precio entre la época presente y la futura, es decir, a introducir un proceso de elevación de los precios.

No sólo en los artículos comunes ocurre así, sino con todos los que no producen renta, v. g., los terrenos en baldío, los solares sin utilizar. Se conservan y se demandan no obstante su improductividad, porque se espera que su aumento de valor futuro compensará con creces la renta que se pierde entretanto. El importante papel que esto desempeña en los ciclos es notorio. La especulación en solares y valores es precursora de casi todas las grandes crisis, lo mismo que las especulaciones bursátiles, las de fincas y otras artículos semejantes.

Lo que se observa es una incompatibilidad entre los dos precios del dinero que, no pudiendo estar simultáneamente en equilibrio reaccionan entre sí, determinando perturbaciones constantes en el mecanismo monetario, que repercuten sobre toda la economía. El mercado de productos exige que el nivel general de los precios sea lo más estable posible, para que la función producción-consumo se cumpla debidamente, pero si se realiza el cuasi-equilibrio que esto exige, se acusan pronto la superproducción, el paro, la caída de precios y salarios.

Si, por el contrario, se realiza el cuasi-equilibrio que demanda el precio del dinero, de modo que se absorba el paro y se estimule la economía productiva, se alimentan procesos de inflación monetaria que también a la larga tienden a desenvolver perturbaciones críticas, a causa de que el alza de precios, no reflejándose por igual en todas las retribu-

ciones privadas, acaba por perturbar la demanda global de la colectividad. El fin principal de la moneda que es mantener una distribución equitativa de los productos, evitando carestías y atascos, resulta perturbado siempre.

GERMAN BERNACER